

Lex orandi, lex credendi, lex vivendi, podemos afirmar ampliando el axioma de Próspero de Aquitania. Aquella realidad que entra en nuestra oración es aquello que acrecienta nuestra fe y favorece nuestro compromiso y vida. En nuestra liturgia, sin perder de vista el horizonte esencial y su fundamento que es Cristo resucitado, no puede faltar la referencia a los acontecimientos actuales, a la vida concreta y real que vivimos. La liturgia no es abstracción, sino prolongación del misterio pascual, que tiene su origen en el misterio de la encarnación.

Este razonamiento de una liturgia encarnada en la vida tiene como objeto recordar que podemos impregnar nuestra celebración dominical, nuestras eucaristías de este día con el sabor de que estamos en el último domingo del mes misionero extraordinario convocado por el papa Francisco. Podemos hacerlo presente en la monición introductoria o en la oración de los fieles.

▣ VIRTUDES TEOLOGALES

La oración colecta de este domingo, anticipando que ya nos vamos acercando al final del ciclo litúrgico, presenta una súplica esencial. Las tres virtudes teologales que, del mismo modo que las tres patas de un taburete permiten un asiento, son esenciales para la vida cristiana y han de ser solicitadas (pedimos que las aumente) para llevar adelante la salvación. Fe, esperanza y caridad nos insertan en el horizonte de la vida de Dios que se hace presente en nuestra vida cotidiana. La fe, la esperanza y el amor nos llevarán a ser humildes y sinceros, a desear que la justicia de Dios se encarne en nuestra historia. De algún modo las tres virtudes han estado presentes de una forma bastante diáfana en las lecturas de los domingos precedentes.

▣ ORAR CON TODO NUESTRO SER

La liturgia nos educa en la vivencia de la fe. Aunque la celebración no es el momento más propicio para realizar clases de liturgia, sí se ha de sugerir o ayudar a que la celebración litúrgica sea algo más vital y experiencial. La liturgia no es un discurso racional de la fe, sino expresión de la vida nueva que Cristo nos da por la acción del Espíritu Santo.

La parábola que san Lucas nos ofrece en el evangelio de este domingo es toda una clase o enseñanza de cómo es o ha de ser la oración cristiana.

Tanto el fariseo como el publicano expresan la verdad interior, los verdaderos sentimientos de su corazón con su postura y sus gestos. El que se cree justo ante Dios permanece «en pie» erguido delante de Dios y el que se presenta humillado, que queda justificado ante Dios, se queda atrás y se da golpes de pecho. En la liturgia y en la oración hay que propiciar que nuestros gestos (a veces escasos) no sean gestos vacíos y carentes de sentimientos auténticos y sinceros.

Demos valor al acto penitencial de este día. La introducción a este momento no ha de quedar como un mero puente hacia la oración colecta. Ayudemos al pueblo de Dios a que sea consciente del momento y a que con sinceridad de corazón se reconozca «pecador». El Misal nos ofrece tres formas de realizar el acto penitencial. Todas ellas nos hacen repetir de alguna manera la exclamación del publicano del evangelio: «¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador».

▣ JUSTICIA-HUMILDAD

En el mensaje que las lecturas nos presentan, encontramos como hilo conductor la afirmación de un Dios que es justo y que nos justifica en la humildad y la sinceridad. La prepotencia y la excesiva seguridad son enemigas de la fe, la esperanza y la caridad.

El libro del Eclesiástico lo dice con toda claridad y lo refuerza el salmo 33. El Dios justo e imparcial que no deja destendidos a sus hijos: «Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha».

El texto de las palabras que san Pablo dirige a Timoteo, casi podríamos llamarlo el *Nunc dimittis* paulino. San Pablo expresa su sinceridad al acercarse el final de su existencia. Todo lo que este «misionero» ha realizado en su vida ha sido realizado en la fe y la confianza en Dios, para gloria de su nombre y desde esta verdad confía en alcanzar la meta prometida.

Nos acercamos a Dios por medio de su Iglesia para que Dios nos justifique, no para justificarnos como el fariseo. Somos sujetos pasivo-activos de la acción de Dios. Aquel pecador real, publicano, recaudador de impuestos, consciente de su pecado acude a quien puede sanarlo, como lo hicieron tantos otros. Los cristianos podemos quedar en ridículo si no somos sinceros, como el que va al médico para decirle lo sano que está.

JOSÉ ANTONIO GOÑI